

El santo día de Pascua, 28 de marzo de 1869, á las 8 de la mañana, la antigua y vasta basilica de Nuestra Señora de París veia arrodillados en su recinto á tres ó cuatro mil hombres, lo más selecto de la sociedad honrada, laboriosa, útil. Con los brazos cruzados sobre el pecho, la frente inclinada pensativa hácia el suelo, el corazón ardiente de amor, adelantáronse todos hácia la sagrada mesa; todos recibieron la divina hostia, exclamando desde el fondo de sus almas: ¡Vos sois mi Señor y mi Dios! Y de sus ojos corrian lágrimas de felicidad, y las antiguas bóvedas resonaban con el bendito canto: ¡Oh! cuán dulce y grato es para hermanos habitar juntos á la vista y en el corazón de Dios: *Quam bonum, et quam jucundum, habitare fratres in unum!*

Y en todas las catedrales de todo el mundo se daba, en aquella misma hora, un espectáculo igualmente grandioso y tierno.

Y en aquella misma hora también, en todas las iglesias católicas resonaban cantos de alegría de las piadosas compañeras de los hombres, que, por su parte, iban á recibir el pan que hace á los fuertes, el vino que hace á los puros. ¡Esplendor! esplendor!

Pero, hé aquí un espectáculo más grandioso aún, y que por sí solo será en adelante uno de los más magníficos esplendores de la fe católica.

El 11 de abril de 1819, el día solemne de Pascua, en la capillita de Santa Ana de los Carpinteros, el joven conde Mastai, ordenado de sacerdote la víspera, celebraba su primera misa, en presencia de algunos parientes, de unos cuantos amigos, de los niños huérfanos de *Tata Giovanni*, de quienes había cuidado tanto el piadoso levita, y que tan dichosos eran por hacerle en tan grande día un cortejo de honor. Simple sacerdote en Roma por espacio de cuatro años, no se dispensó el abate Mastai ninguna de las fatigas del santo ministerio, de la predicación y del ejercicio de una caridad activa. Siendo en 1823 auditor

de Monseñor Mazi, delegado y vicario apostólico en Chile, compartió durante cuatro años las gravísimas dificultades de una misión que se hizo imposible por la malevolencia de un gobierno mal constituido. Vuelto á Roma en 1827, y consagrado obispo de Espoleto, gobernó cinco años, y evangelizó como apóstol aquella vasta diócesis, multiplicando en todas partes las obras de misericordia, embelleciendo las iglesias excesivamente pobres, devolviendo su esplendor al culto menoscabado. Delegado extraordinario del Sumo Pontífice Gregorio XVI, en aquella misma provincia de Espoleto, cuando la violenta insurrección del carbonarismo italiano, hizo prodigios de fuerza y de dulzura, con su elocuencia personal y persuasiva desarmó á las partidas rebeladas antes de que, penetrando en las ciudades, lo hubiesen pasado todo á sangre y fuego, y, como por encanto, ¡tan grandes fueron sus liberalidades! reparó los males causados por la revolución. Esta heroica conducta le valió el ser nombrado en 1832 cardenal obispo de Imola, y en este nuevo teatro se mostró más activo aún su celo. Restauró su catedral, el palacio arzobispal y muchísimas iglesias; abrió una casa de ejercicios espirituales, ó de retiro anual para sus sacerdotes; fundó sucesivamente un seminario para los jóvenes levitas, una institución encargada de dar á los niños pobres el alimento, la instrucción, la educación, un obrador para las jóvenes huérfanas, dos escuelas para los niños, un asilo donde pasar la noche los vagabundos, un refugio para las muchachas arrepentidas, etc., etc. Introdujo en Italia la obra admirable de la Propagación de la fe, realzó las misiones, restableció las visitas diocesanas, reorganizó las predicaciones de Adviento y de Cuaresma, etc., etc. No se escapaba ni un solo pormenor á su extraordinaria vigilancia; y los obstáculos que en todas partes se levantaban delante de él, no quebrantaron ni un solo momento su invencible constancia.

Tan elevada y vasta inteligencia del bien, un corazón tan grande y tan bueno, un carácter tan noble y afable,

le habian conquistado el cariño y respeto de todos. Al morir Gregorio XVI, el cardenal Mastai fué llamado para sucederle. Jamás hubo un supremo pontificado tan largo, más glorioso y fecundo. Tres grandes jerarquías eclesiásticas establecidas en Inglaterra, América y Holanda, y convertidas como en milagrosa señal de la vuelta á la religion católica de inmenso número de ovejas descarriadas; ciento diez episcopados nuevamente erigidos en el universo; treinta y dos delegaciones apóstolicas confiadas á los piadosos misioneros de la Propagacion de la fe; muchísimas misiones entre las naciones infieles ó en diversas regiones del Oriente, fundadas ó restablecidas; siete concordatos concluidos con diversos gobiernos de Europa; el dogma de la Inmaculada Concepcion definido; la condenacion de todos los errores de la herejía, del racionalismo, del tradicionalismo, del liberalismo, significada de nuevo al mundo cristiano en condiciones de vigor y solemnidad extraordinarias; la canonizacion de muchísimos santos, con circunstancias particulares que caracterizan una inspiracion verdaderamente divina, un conocimiento sobrenatural de las necesidades imperiosas de las sociedades modernas; la restauracion de una multitud de templos; la creacion de innumerables establecimientos de instruccion, educacion y caridad; un nuevo aliento impreso á la tipografía católica y al estudio de las letras y ciencias: los medios ofrecidos á los artistas más eminentes de consagrar á la Religion las obras maestras de su arte; los derechos de la Santa Sede sostenidos con indomable energía contra todas las pasiones y los odios conjurados; la inmensidad de males aliviados, de dolores consolados, etc., etc.; este es el resúmen fiel de los veinticuatro años memorables del supremo pontificado de Pio IX.

Las cualidades del cuerpo están en él en perfecta armonía con las cualidades eminentes de la inteligencia y del corazon. Todo su sér respira dulce majestad, pero sin ningun orgullo; su rostro es noble y bueno, su mirada límpi-

da y serena, sus labios abiertos y risueños, su habla viva y agradable, su voz sonora y armoniosa. Camina rodeado de una atmósfera de afabilidad y amabilidad.

Su vida es tambien la del justo. Se levanta á las 6 de la maña, se viste, hace una larga visita al Santísimo Sacramento, celebra el Santo Sacrificio, y oye una segunda misa dicha por uno de sus capellanes. Da audiencia al cardenal secretario para los negocios de Estado, al mayordomo del Sacro Palacio para los asuntos de su Casa, lee las muchas cartas que se le dirigen, y da á su secretario particular las instrucciones necesarias para contestar. Al mismo tiempo se desayuna con una simple taza de café templado con chocolate y un vaso de agua clara. De las diez á las dos da las audiencias oficiales; y á las dos hace su principal comida de extremada sencillez y frugalidad, cuyo gasto total es á lo más de un escudo romano, cinco pesetas apenas. Á las tres sube en coche; llegado extramuros de la ciudad, baja y hace á pié un corto paseo, devolviendo á los más pobres el saludo que le dan, dirigiendo la palabra á los más pequeños, bendiciendo á los ancianos, etc. Regresa entre cinco y seis, y recibe algunas veces hasta las diez. Entonces reza Pio IX su breviario, hace una oracion ferviente y prolongada, y va á un humilde cuarto enladrillado, sin muebles y sin fuego, á dormir el sueño del justo, como ha vivido la vida del justo.

Esta digresion era necesaria, porque la santidad de la vida y la fecundidad de la administracion de Pio IX, que no habria tenido ocasion de recordar en otra parte, son uno de los esplendores de la fe. Prueban que Dios está siempre con su Iglesia, que vela constantemente por ella, y que á medida que se hacen más difíciles los tiempos, cuida de escogerle jefes segun su corazon, que dan el ejemplo de todas las virtudes. Pio VI, Pio VII, Leon XII, Pio VIII, Gregorio XVI, Pio IX, ¡qué noble y gloriosa sucesion de santos! Estos pormenores, finalmente, harán re-

saltar mejor el alcance del hecho maravilloso que he de referir.

El año quincuagésimo del sacerdocio de Pio IX comenzaba el 10 de abril último, el piadoso Pontífice debía celebrar al día siguiente su Jubileo de oro, y la divina Providencia había decretado que esta fiesta íntima sería la señal de una manifestación extraordinaria, sin precedente en los anales de la Iglesia. La idea de organizar á favor de Pio IX un glorioso triunfo surgió en todas partes á un mismo tiempo, en Europa, América, Asia, África y en las islas más remotas. Como la chispa de las divinas Escrituras, que, en un abrir y cerrar de ojos, invade una inmensa extensión de cañas, este pensamiento llenó de repente toda la tierra. En todas partes se abren suscripciones, y en todas partes se cubren de millares de nombres de todas las clases de la sociedad. Los vapores y ferro-carriles traen á cada instante nuevos dones. Los telégrafos comunican solícitas felicitaciones de todos los soberanos, de Bélgica, Prusia, Baviera, Grecia, de la reina de Inglaterra, de los emperadores de Francia, Austria y Rusia, del Gobierno provisional de España, etc., etc. Las legumbres, las frutas, las flores, los tejidos, los adornos, las obras de arte, las bolsas ó cajitas llenas de oro, van amontonándose continuamente en los salones de la exposición del Vaticano; se valúa en más de doce millones el valor de los objetos ofrecidos á la entusiasta admiración de los romanos y extranjeros. Cerca de cien mil peregrinos han acudido á Roma, y véanse cruzar en todos sentidos los grupos de jóvenes, lo selecto de la Italia del porvenir, las procesiones de muchachas, las comitivas de los pacíficos habitantes de las campiñas.

El 11 de abril de 1869, á las ocho y media, sube Pio IX al altar de la Concepción de San Pedro, en presencia de los cardenales y de los embajadores, rodeado de ochenta mil cristianos fervorosos, conmovidos hasta derramar lágrimas, y orando con toda la efusión de su alma. Á igual hora, millones de católicos dispersos en la superficie de

la tierra, pero no formando más que un corazón y un alma, recibían la sagrada comunión en acción de gracias, y bendecían á Pio IX. En París, Burdeos, Lyon, Marsella, Viena (Austria), ha sido tan entusiasta como en Roma el fervor de los pueblos.

Tres años há, un periódico libre-pensador, que cuenta cuarenta mil suscritores y dos millones de lectores, había abierto con mucho bombo una suscripción para la estatua de Voltaire, y reunía apenas ¡treinta mil francos! En 1869, un periódico detestado, porque es muy resueltamente cristiano y católico, abre á su vez la suscripción del Jubileo de Pio IX, y en unas cuantas semanas alcanza la cifra relativamente enorme ¡de trescientos mil francos! El Pontífice-Rey ha vencido y humillado al Rey-Voltaire. ¡Esplendor! esplendor!

No faltaron los gritos de indignación. « Dar tanto oro á Pio IX, ha gritado un periodista incrédulo y rencoroso, cuando tantos pobres no tienen lo necesario. Ensaltar una colecta de trescientos mil francos, en el mismo instante en que un pobre padre de familia muriéndose de hambre se arroja al Sena. ¡Qué escándalo! ¡Ah! ¿quién me dirá lo que piensa Jesucristo de tanta prodigalidad?» ¿Lo que piensa Jesucristo? Que os haceis el eco insensato y desgraciado de Judas Iscariote. Vos no sabeis, pues, esta conmovedora historia. Jesús, en la víspera de su Pasión, (ay! quién sabe si Pio IX no está en vísperas de su martirio!) había aceptado la hospitalidad de los piadosos habitantes de Betania. María Madalena se levanta, toma un vaso lleno de un aroma de mucho valor, lo derrama en la cabeza y piés del divino Salvador, que enjuga luego con su larga cabellera, y la casa se encuentra embalsamada con el delicioso olor. Madalena, como los fieles de Pio IX, había echado sus cálculos sin contar con Judas, que grita indignado: ¿A qué viene este derrochamiento? el aroma valía á lo menos trescientos dineros, y estos habrían saciado á una multitud de pobres. El Evangelio añade: No es que Judas se inquietara gran cosa por los pobres, pero era

avaro y ladrón. Sentía los trescientos dineros que su codicia no había podido recoger.—Indignándose á su vez Jesucristo, elogió á María Magdalena por su generoso fervor, y pronunció estas palabras sencillas, pero profundas, que jamás meditaremos bastante: «¿Por qué entristeceis á esta santa mujer? acaba de hacer una buena obra que los míos le agradecerán siempre más. Siempre teneis pobres con vosotros, pero no siempre me teneis á mí.» Sí, los pobres son, no diremos una de las grandes necesidades, pero una de las más desesperantes realidades del mundo. Y es un hecho lamentable: el pauperismo aumenta siempre á medida que Jesucristo reina menos en las almas y se hace más rara la fe en Jesucristo. Digámoslo también con la seguridad de no desmentirnos; el día en que la fe haya desaparecido, el pauperismo inundará y devorará el mundo. Dad á Jesucristo, si quereis, ya que no extinguir, conjurar á lo menos el pauperismo. Jesucristo es el amigo, el abogado, la salvación del pobre. Sólo pena de anatema, quiere que se den alimentos al hambriento, bebida al sediento, vestidos al desnudo, libertad á los cautivos, salud á los enfermos, consuelos á los afligidos. ¿No veis surgir continuamente del seno de la Iglesia de Jesucristo generaciones de bienhechores de la humanidad, que gastan á favor de los pobres todo cuanto tienen de inteligencia, corazón, fortuna, fuerzas y vida? Un óbolo dado á Jesucristo ó por Jesucristo, al Sumo Pontífice, su vicario y representante en la tierra, se centuplicará en provecho de los pobres. Y me atreveré á valuar en centenares de millones lo que producirá para los pobres el magnífico arranque impreso á la fe católica por la milagrosa ovación del Jubileo de oro.

Uno de los cargos más envenenados que el escritor de quien hablo se atreve á formular contra Pío IX, es por haber canonizado á José Labre. Para él no es nada menos que un atentado contra la humanidad el poner sobre los altares los harapos y la alforja del ilustre mendigo. La inteligencia esclavizada por los sentidos no comprende

nada de los pensamientos de Dios. ¡Pobre hombre! Cuando Pío IX canonizaba á José Labre, obedecía evidentemente á una inspiración divina. Veía crecer al coloso del pauperismo en el seno de una sociedad sin fe, y quería á toda costa santificar al pobre glorificándolo; porque el pobre impío, desesperado, furioso, es un enemigo implacable para la sociedad. ¡Ah! si amarais sinceramente á la humanidad, debiera excitar vuestra ira la satánica prodigalidad de los hombres del día en el arrebató de sus vergonzosos caprichos. ¿Quién dirá las sumas enormes que arrojan al vicio en todas sus formas, al orgullo de la vida, al lujo, á la gula, á la lujuria, al juego, etc.? ¿Quién contará las fortunas engullidas en los salones de los cortesanos, en los bastidores de los teatros, en las orgías de las cenas impuras? El vicio llama al vicio, la pasión engendra la pasión, y vosotros glorificáis el vicio y la pasión, y lo estimulais, y lo inspirais, y lo infundís en todas las almas. Reservais todas vuestras iras para la caridad cristiana, para la limosna católica, que tienen también su contagio, pero su contagio santo y benéfico.

La fe es rara, pero su rareza es una prueba de su divinidad. ¡Esplendor! esplendor!

